

LA AUTOCENSURA

Estoy tentado de dejar varias páginas en blanco y después firmar. Sería la mejor de las cartas posibles sobre la autocensura...

Algunos la llaman autodisciplina. Pero nada tiene que ver la velocidad con el pernil del puerco. La autocensura no es un cilicio voluntario. Existe la autocensura porque existe usted. Incluso lo que Freud llama «censura psíquica» (Ramón Pérez de Ayala observó el significativo préstamo que aquí había tomado Freud del lenguaje político) no es completamente individual. Nada hay completamente individual, claro.

Dice Freud que perdemos «posibilidades primarias de placer» a causa de la «censura psíquica». Pero culpa de estas inevitables pérdidas a la «labor represora de la civilización»...

No, autodisciplina es la de Norbert Wiener, «el fundador de la cibernética», quien en 1947 manifiesta: «No tengo intención de publicar desde ahora el menor trabajo que puede causar un perjuicio si cae en manos de militaristas irresponsables». Es la actitud de «los físicos» en el drama de Dürrenmatt. La responsabilidad ante el abismo que sensibiliza la conciencia de Robert Oppenheimer o Albert Einstein. En otra clave, es el pudor que impide al escritor paternal escribir algo que escandalizaría a sus hijos (aunque aquí actúa «la labor represora de la civilización») o el mandato —por respetos familiares— de O'Neill, que pospone el estreno de «Largo viaje del día hacia la noche» hasta veinticinco años después de su propia muerte.

No, la autocensura no es la autodisciplina. Y mucho menos la autocritica. Toda escritura que merezca tal nombre, mi querida señora, es el resultado superviviente de un tamiz autocritico. Se escribe eligiendo. Se piensa depurando. El discurso es un hilo «sintético». De nuevo me permito desenmascarar su mandanga del «estilo» primado, como beneficio en este caso del «no hay mal que por bien no venga». No, la censura y su hija, la autocensura, engendrada por violación, no hacen «escribir mejor», sino escribir peor. El alambique del estilo debe alojarse bajo el cráneo del escritor y no ser albarda, por muy enjaezada que resulte, cinchada por usted sobre el mulo creador como una mordaza circense. «... El escritor va adqui-

Máximo, dibujante pero también —y quizá superior— escritor. He aquí una muestra de su vertiente ensayística, el pasaje titulado «Autocensura» de su último libro «Carta abierta a la censura» (Guadiana de Ediciones).

riendo un estilo que le viene impuesto por una conciencia alienada —escribía, sobre este mismo asunto, Alfonso Carlos Comín—, un estilo que no corresponde ni a sus aspiraciones ni a las necesidades de las masas». «Para que lo escrito pase —sigue Comín—, el estilo se hace elíptico, subterráneo, se desarrolla una cierta habilidad para decir lo que se quiere decir de forma que se entienda sin que pueda decirse que se ha dicho lo que se quería decir».

No, la autocensura es una delegación que usted hace de sus funciones. Usted se introduce en el claustro íntimo y generador del ser pensante y del ser actuante como el huevo de pulgón en el espectro de la rosa. Si un día esta delegación fuese perfecta, us-

ciudad, pierde constantes oportunidades de clarificación y de progreso.

Nadie puede aquí contabilizar los Siglos de Oro perdidos ni averiguar, hasta en los autores supervivientes, el iceberg sumergido que nunca llegó a hacerse visible. Conocemos, sí, lo que escribió Quevedo, pero no lo que dejó de escribir y quizá podría haber escrito. Y luego están los mudos... los que no han nacido para volatineros, ni para regateadores centrocampistas. Naturalmente que «algo» siempre se puede decir. Pero este algo equivale, para muchos respetables señores y para otros venerables lamas, a «nada». Y se quedan mudos. Su mutismo es un testimonio casi estruendoso cuando la boca sellada pertenece a los grandes

MAXIMO

ted podría desaparecer. Con algunos individuos usted ya lo ha conseguido. Piensan como usted, empiezan —lo sepan o no— a ser como usted... «Un día desaparecerá la censura, y es que ya todo será censura», escribía la semana pasada en TRIUNFO un agudísimo comentarista que se firma «Pozuelo». (Los seudónimos, entre paréntesis, son, en multitud de casos otra secuela de usted, mi pluripara matrona.) Usted podría retrucar un acreditado slogan: «Yo meto miedo, la autocensura hace lo demás». Donde terminan las palabras, comienza la música, que dijo el otro, o «donde no llega la censura empieza la autocensura», que tengo subrayado en un libro de Manuel Vázquez Montalbán que supongo tiene usted leído: «Informe sobre la información».

Gracias a la autocensura, su más eficaz colaboradora de usted, el intelectual, el escritor, el artista (nunca individuos, hay que machacarlo una y otra vez, siempre portavoces, aunque ellos no lo sepan ni lo pretendán) no llegan jamás a alcanzar su propia estatura, con lo que el arte y el pensamiento siempre están por debajo de sus posibilidades reales y con lo que «el colectivo», la so-

budas... Pero es un mutismo de dudosa rentabilidad social y de cómoda asunción por usted, si no me equivoco, incluso cuando se trata del silencio de los dioses. «Aunque nos mantuviéramos mudos y quietos como una piedra, nuestra pasividad sería una acción», escribe trontronante Sartre. Pero este tipo de acciones no la hacen a usted perder el sueño. (Y el progreso mental del colectivo, mientras, se queda entre paréntesis.) Usted se inquieta más ante la acción de los locuaces: el mismo Sartre, en otra parte, llamó acción también a la palabra.

Yo tuve la suerte de conocer a José María Bugella, uno de los más cultos, inteligentes, irónicos y sensibles articulistas de periódico que ha parido el país, sin que se sepa cómo ni para qué, en el último tercio de siglo. Uno de esos tipos que exceden la talla menguada de los periódicos españoles y que día tras día y año tras año van dejando de ser lo que podrían haber sido, reducidos por un corsé posibilista (e imposibilitador) que seca al más pintado. Bugella era un tapiz volador y un manantial subterráneo, y su aniquilación total era imposible. Pero Bugella, que había sido director de periódicos de

provincia en tiempos en que el gobernador era virrey, me decía: «Son tantos los folios que he escrito con la obsesiva mirada del gobernador civil sobre el carro de la máquina, que soy ya incapaz de escribir nada que no resulte oficioso». Torrente Ballester, en sus «Cuadernos de la Romana», hablaba hace poco de su «imposibilidad» —por los mismos motivos generacionales e históricos que Bugella— para llamar a las cosas por su nombre. Esos nombres, esas palabras, «se nos han perdido o no sabemos usarlas», concluía Gonzalo Torrente, para quien la aportación lingüística caracterizadora de un tiempo y unos hombres es «el enmascaramiento de la realidad por la palabra». «La autocensura —según Jean-Louis Servan-Schreiber— se ha convertido en algunos periodistas en una segunda naturaleza». Si esta frase la hubiese escrito Jean-Jacques, hermano de Jean-Louis, la palabra «algunos» habría desaparecido. Y los Servan-Schreiber son propietarios de medios y franceses... Oigamos un diálogo español, por vía de ejemplo:

CONCHA ALBERT: Después de las costumbres y los temas sociales, ¿no te tientan las cuestiones políticas?

JAIME DE ARMINAN: Sí, pero ni siquiera voy a intentarlo. ¿Para qué voy a escribir una historia que no va a pasar de mi mesa de trabajo? («Telva», 1 de mayo de 1973).

¿Cómo hacer el censo y ni siquiera la antología de una oquedad? ¿Cómo saber todo lo que los autores españoles y los autores de otras sociedades pesimistas se han amputado en esta autofagia lenta y en esta auto-reducción al posibilismo? De cuando en cuando, claro, porque hasta en el patio de la cárcel cantan los jilgueros, surge el poema de versos bien medidos y magistralmente iluminados. De ciento en viento aparece una obra maestra como «El espíritu de la colmena», y hasta Alfonso Sánchez, que ha publicado cien artículos sobre el poder anticonceptivo de la censura, que ha dicho textualmente «que los éxitos (en el cine extranjero) son mayores desde que los realizadores tienen más libertad», cae en la trampa de creer que con los condicionamientos actuales, y como «El espíritu de la colmena» demuestra, ya es posible hacer aquí un cine adulto y de primera magnitud. Sin ánimo de polemizar con alguien a quien quiero y admiro tanto como a Alfonso Sán-

mamá. no mamá.

(Predictor, si quiere saberlo)

Para la futura vida del bebé, es de vital importancia conocer, cuanto antes, si está embarazada o no. Científicamente se ha demostrado que las primeras semanas son cruciales para la vida del pequeño.

Al 9.º día de retraso menstrual, Predictor ya resulta eficaz, con una precisión igual al análisis realizado por un laboratorio.

Usted será la primera en saber si será mamá o no, en la intimidad de su hogar.

Con toda discreción, en su casa, por la mañana cuando se levante, y con 3 gotas de su primera orina, usted misma hará su propio test de embarazo. ¡Y después de 2 horas ya sabrá el resultado! Ha llegado el momento de visitar a su médico.

La experiencia internacional de Predictor (Inglaterra, Francia, Italia, Holanda, Alemania, etc.) garantiza un pronóstico fácil de realizar, rápido y seguro.



Predictor



Sencillo y digno
de confianza

Sólo de venta en farmacias

chez, yo creo que «El espíritu de la colmena» sólo demuestra que es posible hacer «El espíritu de la colmena», película honda, bellísima y plurisignificativa, pero película naturalmente secreta y vagorosa (1). Es muy posible que «El espíritu de la colmena» sea así porque Erice quiso hacerla así. Y que las también vaporosas, secretas, plurisignificativas, bellísimas y hondas novelas de Juan Benet sean así porque esta es la voluntad poética de Juan Benet. Pero fácil es imaginar que si Región y sus habitantes y lo que entre éstos semiacontece (en los libros de Benet), y si esa guerra y esa incomunicación, y ese fugitivo y ese monstruo, y esos conflictos y esa desolación (en la película de Erice), abandonasen la mitología para incardinarse en la historia, tales historias encontrarían alguna dificultad para ser contadas. Quizá Erice y Benet son así y quieren hacer eso, pero su trabajo no absuelve a la censura. Más bien la manifiesta como un papel fotográfico introducido en una solución reveladora. Sabemos que en una situación censora son posibles las ambigüedades y las metáforas. Pero sabemos también que tal método es permitido en función de su escurridizo descurso, de su limitada comunicabilidad y del carácter restringido —pocos hablan a pocos de poca cosa en el esotérico lenguaje de los pocos— del festejo cultural.

Es una argucia más de usted, estaría por sospechar. Usted convierte a los elementos críticos en elementos crípticos, y sólo así los tolera y hasta, con un punto de sarcasmo, los glorifica. Usted quiere que estos chicos afinen y se hagan cada vez más laberínticos y translúcidos. Es un modo de catapultarlos al vacío. Así, con gradual torsión de tornillo, usted va empujando a los creadores más

(1) Creo recordar que Lorenzo López Sancho se refirió a la censura como presencia invisible en esta película, y con más nitidez aún al hablar de «Ana y los lobos»: «La sombra de la censura deseca la naturalidad de la acción...». Compárese, aventuro yo por mi cuenta, la libertad de «El espíritu de la colmena» (la libertad, no la calidad ni la «historia») con la nitidez y valentía de planteamientos de «Johnny cogió su fusil», película en que los «desastres de la guerra» trascienden lo goyesco para remontarse a las causas de lo que implacablemente describen. «Johnny cogió su fusil», trasladado a una guerra española y a un Juan soldado español, no habría pasado —salvo milagro de la Virgen de Fátima— nuestra censura de guiones. La libertad es el factor rey en la obra de arte. En otro registro, ¿qué me dice usted de la fresca arrebataadora de «Cabaret»: una explosión deslumbrante de imaginación en libertad con la que ningún realizador español se atreve a soñar?

LA AUTOCENSURA

reflexivos (y por tanto, más peligrosos, desde su punto de vista) al cerebralismo. Y ya conocemos el halo peyorativo con que usted ha conseguido rodear a este concepto. Porque cerebralismo, que debería ser una palabra noble y cualificativa para referirse a un producto de la inteligencia, usted la ha convertido en referencia grosera para juicios pedestres. Usted hace creer al vulgo —sobre todo al vulgo «selecto»— que los cerebrales son unos tipos pedantes que «la gozan» haciéndose entender sólo por sus amigos del «Café de Artistas». Usted y su aparato «educativo» se abstienen de explicar que el cerebralismo es un punto itinerante en el que convergen dos vectores diversos. El uno procede de la excavadora responsable y abismática del creador capaz de pensar con responsabilidad y hondura. El otro se fragua en el campo minado que todo pensamiento honesto y no dimisionario ha de sortear para medio-decir lo que usted trata de silenciar. El primer cerebralismo sería el de «Las elegías de Duino», del angelicalmente cerebral Rainer María Rilke. El segundo cerebralismo (sin que esta analogía tenga nada que ver con la teoría de los vasos comunicantes) podría detectarse en «Ana y los lobos», del coyunturalmente cerebral Carlos Saura.

Pero la autocensura es un gas letal que, si usted me lo permite, yo localizaría en la noche de los tiempos genéticos y cuyas prácticas carnívoras exceden la ceremonia abortiva. Cuando Luis María Anón habla de la «generación del silencio», o Isaac Montero de la «generación cohibida» (y es obvio que esta «generación censurada» no habita sola, y marca, por tanto, un tiempo común a todas las promociones, generaciones o simples individuos que en él viven), parece que estos dos jóvenes amigos (aquí la «juventud» dura la tira) se refieren a lo que los individuos de una edad o de una época no han podido decir.

Es grave este programado anti-desarrollo. Aunque lo que no se puede decir porque usted lo prohíbe o porque la autocensura (su delegada «in situ») lo desaconseja, deja casi intacto al hombre interior: a ese mítico protagonista de la libertad de pensamiento, inalienable aun dentro de la mazmorra. Pero, ¿usted cree que el pensamiento interior e inexpressado del individuo sometido desde el ancestro a «censura psíquica», no siempre consciente, es libre? (A censura psíquica condicionada por la historia, se entiende). ¿Es todo lo libre, creador e imaginativo que podría ser? Voy a poner un ejemplo que me abrió a mí un poco los ojos —no sin cierto pavor— en este asunto.

Un día de julio de 1969 me echo a la cara una página de la revista «Charlie» (cuando era «mensual» y no «hebdo»), en la que campea este título: «Pour un 14 JUILLET digne de la France». Y debajo, en cursiva y a modo de dedicatoria, esta entradilla: «Lettre ouverte a Monsieur le Président de la République, a Monsieur le Ministre des Affaires Culturelles et, en général, a toutes les Personnes Compétentes». Era un magnífico, sarcástico, flameante, siniestro y minucioso artículo en el que Cavanna, preocupado por el tono aburrido, esteotipado y banal con que se repetía año tras año la fiesta nacional francesa, proponía humorísticamente una serie de medidas reactivadoras que devolviesen al buen pueblo francés el gusto por la patriótica fiesta, degenerado, según el articulista, con el paso de los aniversarios.

Bien, no voy a contar aquí lo que el delirio imaginativo de Cavanna proponía a las autoridades de su país, porque no es del contenido de lo que quería hablarle a usted, sino del epígrafe y de la idea matriz y motriz del epígrafe. Pensé yo entonces: ¿Sería posible publicar en una revista humorística española un trabajo titulado «Por un 18 de Julio digno de España»? Mi respuesta fue la que usted está pensando. Pero hasta aquí, todo «normal». Lo que realmente me sobrecogió fue la comprobación —o la intuición, si usted quiere— de que difícilmente se le habría ocurrido a un escritor español —por muy «festivo» que fuese— este tema. Es decir, señora mía, que lo grave no es que usted y la autocensura nos hagan renunciar, sino que impiden hasta la posibilidad de ejercer esta involuntaria renuncia. Lo inquietante, con serlo tanto, no es que un artículo así aquí no podría publicarse, sino el hecho probable de que no se nos ocurriese que tal tema podría ocurrirnos, ¿usted me entiende? Restriéguese los ojos, por favor, y pare mientes en el calibre y eficacia de su arsenal. Me estoy refiriendo a una autocensura intrauterina, como si dijésemos, y ancestral de la que ni el interesado ni sus legítimos padres son siquiera conscientes. ¿Comprende usted por qué me he referido antes a la «noche de los tiempos genéticos» y por qué he sospechado más arriba que usted y la autocensura son un complejo esterilizador y no sólo un equipo sanitario de la policía abortiva?

Aunque usted siga sin contestar mis cartas, en ejercicio de su coartada favorita y en prueba de su maravillosa inexistencia, creo que con lo dicho hasta aquí tiene usted por hoy tela suficiente para cortar.

Hasta la próxima. ■ M.